

Filosofía y Ética

UVA 3

La Atenas de Sócrates

Extracto de Cap. I. ¿Por qué mataron a Sócrates?

Fuente: DA SILVEIRA, P. Historias de filósofos. Buenos Aires: Alfaguara, 1997. Cap. ¿Por qué mataron a Sócrates? ISBN 9789505113002

Imaginemos que estamos a fines del siglo V antes de Cristo y que caminamos por las calles de Atenas. Es una gran ciudad para la época (probablemente unos cien mil habitantes) y eso se nota a cada paso: el mercado desborda de gente, numerosos ciudadanos entran y salen de los edificios públicos, el camino hacia el puerto hormiguea de comerciantes, de carretas cargadas de mercancía y de esclavos que transportan fardos. Si levantamos los ojos hacia la acrópolis vemos el Partenón, terminado de construir pocos años antes y (contra lo que muchos creen) pintado de colores estridentes. Es el imponente testimonio de un pasado glorioso pero definitivamente clausurado, ya que Atenas acaba de perder su puesto de primera potencia mundial. La ciudad viene de ser derrotada en una guerra, ha sido golpeada por dos epidemias de peste y ha sufrido una tiranía breve pero terrible que mató o envió al exilio a miles de ciudadanos. Todos esos golpes fueron duros y dejaron su marca. Pero los atenienses han sabido sobreponerse a la desgracia y poco a poco parecen retornar los viejos buenos tiempos: la democracia es sólida, los negocios recuperan su ritmo, la paz social parece asegurada.

De pronto, en una esquina, un pequeño grupo de hombres forma un semicírculo en torno a un personaje estafalario. El que habla es bajo de estatura, tiene un vientre movedizo y una nariz chata que estalla entre dos ojos demasiado separados. Va descalzo, tiene los pies sucios y la túnica en mal estado. En una palabra, es todo lo contrario de esos griegos apolíneos que nos muestran las estatuas.

Ese hombre gesticula, mueve los brazos, señala impertinentemente con el dedo. Sus interlocutores pasan de la risa a la confusión, del interés a la furia, pero en ningún momento dejan de escucharlo. La mayoría de ellos son jóvenes bien vestidos y de físicos cuidados. Cualquier ateniense los reconocería como hijos de ciudadanos ricos. Y cualquier ateniense diría ante ese cuadro: "Ahí está Sócrates insistiendo con sus molestas preguntas".

Sócrates era uno de los personajes más populares de Atenas, la ciudad que lo vio nacer, en la que creció y enseñó, la que lo juzgó y terminó por obligarlo a envenenarse. Allí había nacido en el 469 antes de Cristo, hijo de Sofronisco, un tallador de piedra, y de una conocida partera llamada Fenaretos. Ambos eran gente sencilla, trabajadora, sin grandes propiedades ni rentas. Pero los dos eran atenienses de pura cepa, de modo que los varones de esa familia pertenecían a la minoría de ciudadanos con plenos derechos políticos: podían hablar en la asamblea, votar y ocupar rotativamente alguno de los numerosos cargos públicos. Sócrates se había casado con Jantipa, una mujer también ateniense que era famosa por su mal carácter. El matrimonio había tenido tres hijos y no se diferenciaba en nada de cualquier familia de atenienses pobres.

La relación entre Sócrates y Atenas se extendió durante largas décadas, de manera que ambos tuvieron tiempo para formarse una opinión acerca del otro. Sócrates había nacido en esa ciudad y nunca se había alejado de ella. No era amigo de hacer grandes viajes ni parecía tener necesidad de recorrer el mundo. Después de todo, lo que a él le

interesaba no eran los paisajes sino los hombres, y todos los personajes interesantes de aquella época terminaban por confluír en Atenas. Su vida no era la de un pensador solitario y aislado, como habían sido Tales o Heráclito, ni la de un aristócrata alejado del pueblo, como sería más tarde su discípulo Platón. A Sócrates se lo podía encontrar en la calle o en el mercado, conversando con los políticos, con los comerciantes o con los artesanos. Su vida, como la de todo buen ateniense, había estado constantemente ligada a la historia de la ciudad. La había visto crecer y fortalecerse, había asistido regularmente a la asamblea e incluso había cumplido un par de veces con el más serio de los deberes del ciudadano: había luchado como soldado de infantería para defender a Atenas de ataques exteriores. No se destacó, que sepamos, como un combatiente particularmente brillante, pero el hecho es que allí había estado, hombro con hombro en ese ejército formado por ciudadanos en armas.

¿Cómo es posible que un hombre semejante, que hacía parte del más típico paisaje ateniense, haya despertado un odio suficiente en sus conciudadanos como para terminar siendo condenado a muerte a los setenta años de edad? Contestar esta pregunta no es tarea fácil, pero al menos podemos descartar una posible respuesta: cualquiera sea el crimen cometido por Sócrates, lo cierto es que no fue un agitador ni un subversivo en el sentido habitual de estos términos. Jamás desafió a las autoridades legítimas, nunca participó en una campaña política, ni siquiera fue un orador que se destacara en la asamblea. Su currículum de ciudadano se reduce a un par de anécdotas que no permiten explicar su muerte, sino que más bien lo pintan como un hombre que hubiera merecido el elogio de sus conciudadanos.

Por la primera historia sabemos que al menos una vez en su vida Sócrates ocupó una magistratura, es decir, uno de esos cargos rotativos que duraban un año y que se distribuían por sorteo entre los ciudadanos. Esto no tiene nada de excepcional porque así funcionaban las cosas en Atenas: la administración de justicia, la inspección de las pesas que se utilizaban en el mercado, el control de las operaciones de carga y de descarga en el puerto, el cumplimiento de las liturgias en los templos, eran funciones que se ponían en manos de ciudadanos comunes según lo determinara la suerte. En esta rotación de responsabilidades consistía para los griegos la democracia directa. Así que no es nada raro que una vez le tocara a Sócrates, no porque fuera Sócrates sino porque era ciudadano. (...)

Es que la vida y la política estaban ligadas en esa ciudad hasta un punto que hoy nos cuesta imaginar. Los atenienses empezaban a prepararse para participar en los asuntos públicos casi desde niños. Todavía adolescentes, los futuros ciudadanos empezaban a ser integrados a los banquetes y a las tertulias de sus mayores. Allí conocían a las figuras más importantes del arte y de la política, al tiempo que aprendían a argumentar, a discutir y a persuadir a los demás. En esa misma época empezaban a frecuentar el gimnasio, preparándose para servir como soldados. Luego se integraban a la asamblea y a partir de los treinta años se convertían en ciudadanos plenos, con derecho a ser electos para todos los cargos de la administración. A lo largo de ese proceso los atenienses tomaban partido, se incorporaban a corrientes de opinión, tejían una compleja red de amistades y de enemistades políticas, participaban en toda clase de conflictos y no pocas veces se jugaban la vida. Por eso, casi cualquier ateniense que llegara a los setenta años tenía mucha experiencia acumulada y muchas historias que contar.

¿Cómo pudo ocurrir que un hombre comparativamente poco involucrado en los vaivenes de la vida política terminara siendo ejecutado? ¿Y cómo se explica que haya sido condenado a muerte en un momento de relativa calma, bajo un gobierno legítimo y democrático? Porque Sócrates no fue ejecutado por la dictadura de los Treinta Tiranos sino cinco años más tarde, cuando la democracia ya había sido restaurada. No fue condenado por un régimen débil o acorralado, sino bajo instituciones que contaban con un gran apoyo popular. (...)

Para encontrar una solución al problema tenemos que empezar por preguntarnos qué hizo Sócrates de especial a lo largo de su vida. Y la respuesta inmediata es que habló todo el

tiempo sin escribir jamás una sola línea. Pero hablar estaba lejos de ser un delito en Atenas. Al contrario, esa era una ciudad donde las cosas más importantes se hacían hablando: se hablaba en el mercado y en los tribunales, se hablaba en la asamblea, se hablaba sin parar en la tienda del barbero, en el teatro y en las esquinas. Hablaban los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, los ciudadanos y los extranjeros. Atenas era una ciudad soleada y meridional donde nadie pensaba que hablar fuera una pérdida de tiempo. ¿De qué había hablado Sócrates para que lo suyo fuera tan especial en ese contexto? Sencillamente había hablado de todo: de la virtud, de la verdad, de la ciencia, de la justicia, de la belleza, del amor, de la libertad, de la muerte, de la vida. Y más que hablar, había preguntado. Había tratado de saber qué pensaban sus vecinos para ver qué podía sostenerse con razonable firmeza.

Aquí parece estar una de las claves del problema: el trabajo de Sócrates no consistía tanto en afirmar como en poner en duda. Se había propuesto mostrar a los atenienses que sus opiniones y sus juicios estaban basados en la costumbre y no en la razón, de modo que eran incapaces de defender con argumentos lo que tenían por bueno, por justo o por verdadero. Se trataba de una tarea capaz de exasperar a cualquiera y él la llevaba a cabo con verdadera impertinencia. Su método consistía en pedir la definición de un concepto aparentemente claro para deducir de allí una serie de consecuencias insospechadas y contradictorias. Sócrates enredaba a su interlocutor con sus propias palabras y lo alentaba a reformular el concepto. Pero luego volvía a hacerlo trizas y lo dejaba todavía más perplejo. Como si todo esto fuera poco, sus palabras estaban permanentemente adornadas con declaraciones de humildad: "Sólo sé que no sé nada. Sólo repito el oficio de mi madre: con mis preguntas saco a luz ideas que son de otros".

Detrás de estas declaraciones falsamente modestas había un objetivo muy poco tranquilizador: se trataba de poner en evidencia todo lo que había de infundado o de poco claro en las ideas que eran ampliamente aceptadas por los atenienses de su tiempo. Pero no seamos injustos con los antiguos griegos. Ellos conocían perfectamente la diversidad de opiniones y habían hecho un culto de la tolerancia. La prédica de Sócrates podía parecerles incómoda pero no por eso lo habrían matado. No, al menos, si esa prédica no se hubiera sumado a otros factores hasta producir una mezcla explosiva. Y eso fue precisamente lo que pasó.

La perplejidad y la crispación

El trabajo de zapa desarrollado por Sócrates no era completamente nuevo para sus conciudadanos. Más bien formaba parte de un movimiento general que horadaba la sabiduría tradicional y daba paso a un nuevo mundo de ideas. Los griegos habían dejado definitivamente atrás su pasado rústico y guerrero, y eran cada vez más conscientes de que los viejos versos de Homero ya no contenían todas las respuestas.

Los problemas habían empezado un siglo y medio atrás, cuando en las colonias de la costa jonia -hoy Turquía- aparecieron los primeros filósofos. Esos nuevos intelectuales se dedicaban a observar la naturaleza con ojos que no eran los de la religión ni los de las tradiciones ancestrales. "El sol -decían- no es un dios sino una piedra incandescente; las nubes son el resultado de la evaporación del agua; la variedad de la naturaleza puede reducirse a los diferentes estados de un único elemento." Muchas de sus hipótesis eran falsas y estaban mal controladas, pero implicaban un cambio de actitud respecto del pasado: la costumbre no alcanza para justificar una idea; aunque hayamos creído en algo desde siempre, tenemos que encontrar argumentos racionales que nos permitan sostenerlo.

Con el correr del tiempo estas ideas se habían extendido y radicalizado, pasando del análisis de los fenómenos naturales a la discusión de las cosas humanas. Atenas se había visto progresivamente invadida por unos nuevos maestros de moral y de retórica que se llamaban sofistas y que afirmaban la relatividad de todas las cosas. "Una buena causa - sostenían estos hombres provenientes de ciudades lejanas- es aquella que ha sido bien

defendida en los tribunales." Y agregaban desafiantes: "El hombre es la medida de todas las cosas".

Todo esto podría haber quedado como una más de las tantas modas intelectuales que circulaban en Atenas, si no fuera porque las nuevas ideas atrajeron a mucha gente culta y, en especial, a los hijos de los aristócratas. Eso cambió radicalmente las cosas, porque esos jóvenes constituían la generación de recambio de la clase dirigente. De ellos se esperaba que recibieran la educación tradicional, que se incorporaran a las tertulias de sus mayores y que se convirtieran en prolongadores de la sabiduría ancestral. Sin embargo, esos jóvenes ricos y cultos empezaban a reírse de las creencias compartidas y a despreciar a sus antecesores. Querían cortar con el pasado y abandonar las tradiciones. Ya no les interesaba leer la *Ilíada* ni la *Odisea*, sino aprender la retórica y la lógica. Ya no prestaban atención a la antigua religión sino a la astronomía y a la zoología. Preferían usar el dinero de sus padres para retribuir al último sofista en lugar de comprarse un caballo o un equipo de guerra.

Las ideas que defendían los jóvenes aristócratas no siempre coincidían con las que enseñaban sus maestros. Estos últimos tampoco estaban siempre de acuerdo entre sí, especialmente si se trataba de una discusión entre sofistas y filósofos. Pero estos matices no tenían la menor importancia para el ateniense común. A ojos de la gente sencilla, lo único importante era que los nuevos intelectuales habían contaminado a los jóvenes con ideas estafalarias y que ahora esos jóvenes se lanzaban contra las tradiciones que sostenían a las instituciones políticas, a la familia y a la religión. "Los sofistas están lejos de ser locos -decía Anito, el acusador de Sócrates-. Los locos son los jóvenes que les pagan y, más todavía, los padres que ponen a sus hijos en sus manos. Pero las peores de todos son las ciudades que los reciben dentro de sus muros, en lugar de expulsar sin excepción a todo individuo, sea extranjero o no, que tenga esa profesión."

Las cosas estaban tomando un tinte poco tranquilizador. Los nuevos intelectuales habían conmovido la cultura tradicional diciendo que la costumbre no alcanzaba para justificar las convicciones y que aun lo más sagrado debía encontrar un fundamento en la razón. Los jóvenes aristócratas habían convertido ese lema en un grito de guerra y se habían lanzado a la destrucción de la tradición. Un grupo de ellos había llegado a fundar un Club de Adoradores del Mal que se dedicaba a burlarse de los cultos ancestrales. Una de sus actividades preferidas consistía en organizar enormes y ruidosos banquetes precisamente en los días de recogimiento y ayuno. Y las cosas no terminaban allí. Una mañana del año 415 antes de Cristo, en plena guerra contra Esparta, los atenienses descubrieron horrorizados que las estatuas sagradas que protegían a la ciudad habían sido mutiladas. Durante la noche, algún grupo que nunca fue identificado pero que sabía dónde golpear había cometido un acto que hubiera sido inimaginable pocos años atrás. "Esto es demasiado -pensaba el ateniense común; esto nos va a traer la ira de los dioses." Y lo peor es que ese hombre sencillo tuvo la plena confirmación de sus temores.

La segunda mitad del siglo V antes de Cristo fue uno de los períodos más calamitosos de la historia de Atenas. En el 431 se desató la Guerra del Peloponeso, ese largo conflicto contra Esparta que terminó en una derrota abrumadora. En un lapso de apenas cuatro años (entre el 430 y el 426) dos epidemias de peste cayeron sobre la ciudad y mataron a un tercio de la población. La peste se llevó entre otros al propio Pericles, que no sólo era el jefe político y militar de la ciudad sino el símbolo viviente de su grandeza. En el 415 los atenienses hicieron un último intento por revertir la situación militar y reunieron todas sus fuerzas para conquistar Sicilia. Pero cuando los barcos acababan de dejar el puerto se descubrió la mutilación de las estatuas sagradas y el terror se apoderó de la ciudad: los supuestos culpables fueron perseguidos, expropiados o ejecutados tras juicios sumarísimos. Entre los sospechosos figuraba Alcibíades, un aristócrata joven y ambicioso que comandaba la flota de guerra. Alcibíades fue convocado a Atenas para ser sometido a juicio pero, en lugar de obedecer, se escapó a Esparta y empezó a

colaborar con el enemigo. La expedición a Sicilia terminó en un desastre y en Atenas hubo un golpe de estado. La guerra duró todavía unos años pero en el 405 se produjo la derrota definitiva. La ciudad se rindió y fue ocupada por las fuerzas espartanas. Sus habitantes quedaron en manos de los Treinta Tiranos.

Esta sucesión de calamidades demandaba alguna explicación y los ojos de muchos atenienses empezaron a dirigirse hacia los nuevos intelectuales. Con su racionalismo a ultranza y su relativismo moral, esos nuevos maestros habían traído los peores males imaginables a la ciudad. La irreverencia y los sacrilegios de sus discípulos habían terminado por desatar la furia de los dioses. La guerra, la peste, los golpes oligárquicos eran la consecuencia inevitable del abandono de la vieja sabiduría.

En todo esto había un enorme malentendido, pero también un conflicto muy real. La sabiduría convencional griega (la que transmitían los poemas de Homero) había sido siempre una sabiduría de los límites: la innovación política debía respetar la costumbre, la discusión moral debía contemplar la tradición, la religión debía continuar con los usos del pasado, el conocimiento no debía profanar lo que era patrimonio de los dioses. Ese era el gran secreto que explicaba la estabilidad y la continuidad del estilo de vida griego: los hombres podían innovar pero no debían actuar como si fuesen dioses. Esa falta se designaba con una palabra, *hybris*, que quería decir desmesura, tentación de lo absoluto.

Los nuevos intelectuales fueron vistos como responsables de las calamidades que sufría Atenas porque habían convertido la *hybris* en programa. A ojos de la sabiduría tradicional, lo que pretendían esos hombres era ir más allá de donde era sensato llegar si se quería mantener la paz social y la vida civilizada. El filósofo Heráclito había despreciado la sabiduría de los ancestros y no había vacilado en tratar a Homero de charlatán. Y a los sofistas como Protágoras no les temblaba la voz cuando decían que había que investigar la naturaleza sin preocuparse en saber si los dioses existen o no. Para muchos atenienses esto implicaba rivalizar con lo divino, intentar elevarse por encima de los límites humanos para alcanzar un conocimiento y un dominio absolutos. Y tal pretensión sólo podía culminar en un desastre. No había que olvidar que a Prometeo le habían comido el hígado por desafiar a los dioses y que a Ícaro se le habían fundido las alas por acercarse demasiado al sol. (...)

La cultura tradicional ateniense había ingresado en una profunda crisis y esto planteaba un problema de supervivencia en tanto sociedad. Los atenienses empezaron a defenderse como podían de ese peligro y, como casi siempre ocurre cuando actuamos crispados, en general lo hicieron mal.

A principios de la guerra con Esparta fue incorporado a la legislación ateniense el delito de impiedad, que podía aplicarse a todos quienes pusieran en duda la existencia de los dioses. Por lo que sabemos, la norma fue propuesta por un tal Diopites hacia el año 432 antes de Cristo, con el objeto de perseguir a quienes buscaban explicaciones naturales para los fenómenos que hasta entonces habían sido considerados divinos. Pero el hecho es que la nueva ley fue usada casi exclusivamente para atacar al círculo de intelectuales y de artistas que rodeaba a Pericles, que eran los representantes más visibles de la nueva mentalidad.

El primer acusado fue Anaxágoras, un filósofo que enseñaba que el Sol y los cometas eran piedras incandescentes, que la Luna era una piedra fría de relieve montañoso y que el trueno era el resultado de una colisión entre nubes. El acusado fue condenado a muerte y terminó huyendo de la ciudad. El siguiente ataque se dirigió contra el escultor Fidias, a quien los atenienses debían los frisos del Partenón y algunas de las estatuas más famosas de Grecia. Fidias fue acusado de utilizar su arte para divinizar a sí mismo: aparentemente había esculpido su propio retrato en algún lugar del Partenón. Y pese a todo su talento y a todo su prestigio, no pudo escapar a una condena que le hizo terminar sus días en prisión. "La historia posee en su totalidad -dice el historiador Moses Finley- la apariencia de un ataque dirigido contra los intelectuales, en un tiempo en que una parte de ellos estaba cuestionando y con frecuencia

desafiando creencias profundamente enraizadas en los campos de la religión, la ética y la política."

¿Y por qué no incluir a Sócrates entre estos hombres que empujaban la ciudad hacia la desintegración? Es verdad que él no era un sofista, como lo mostraba su propia condición de ateniense y el que se negara a cobrar por sus lecciones. Pero Sócrates también criticaba la moral tradicional y demolía las antiguas ideas acerca de lo justo y de lo bueno. Era además un severo crítico de la democracia, a la que acusaba de poner en el gobierno a hombres indignos de esa tarea. Nunca se le había escuchado hablar en favor de la tiranía ni de los golpes oligárquicos, pero si no había hecho nada en contra de la democracia, tampoco había hecho gran cosa por ella. Más bien había mostrado una olímpica indiferencia hacia las instituciones, hasta el punto de que jamás había tomado la palabra en la asamblea de ciudadanos. Este hombre locuaz y entrometido, que hablaba en todas las plazas y esquinas de Atenas, se había callado justamente allí donde más consecuencias podía tener su voz. (...)

Aristófanes, un comediante brillante y muy popular en Atenas, fue uno de los primeros en sacar esta conclusión. Por eso escribió una serie de comedias en las que Sócrates aparecía como personaje, pero sobre todo una -Las nubes- que parecía escrita con toda la intención de destruirlo.

"Las nubes" se estrenó en Atenas veinticinco años antes del juicio. En ella aparece un Sócrates burdo y caricaturesco, mitad sofista y mitad bufón, que pasa sus días en una Casa de Pensar. Desde ese extraño reducto hace la defensa del ateísmo radical y confunde a sus interlocutores con razonamientos absurdos. El retrato es claramente difamatorio, pero es seguro que Aristófanes se hacía eco de algunas bromas bien conocidas en la ciudad. La obra termina en un gigantesco caos donde todo se confunde y se destruye. En un cierre típico de Aristófanes (que bien podría haber sido guionista de los *Monty Python*) la Casa de Pensar es incendiada y reducida a escombros, sin que quede claro si Sócrates consigue escapar. Platón nunca le perdonó este final y, muchos años después de la ejecución, todavía acusaba a Aristófanes de haber sido su primer instigador.

Es difícil saber si Platón tenía razón o no, pero es seguro que los motivos del proceso debieron cocerse a fuego lento. En parte Sócrates fue ejecutado por lo que dijo, en parte por lo que no dijo y en parte por lo que dijeron e hicieron los hombres que lo rodeaban. Esta complejidad tal vez explique por qué fue juzgado y condenado en un tiempo en que poca gente corría ese peligro, como lo prueba el hecho de que no se conozcan procesos semejantes al suyo en las décadas posteriores. Sócrates fue llevado a juicio como nuevo intelectual y por delitos de opinión. Pero es seguro que si él mismo no hubiera colaborado activamente con sus censores, difícilmente hubiera conocido el sabor de la cicuta.

Un acusado que se condena a sí mismo

"La presente acusación y declaración son juradas por Meleto, hijo de Meleto, del demo de Pitthos, contra Sócrates, hijo de Sofronisco, del demo de Alopece. Sócrates es culpable de no creer en los dioses en los que cree la ciudad y de introducir divinidades nuevas. También es culpable de corromper a los jóvenes. El castigo propuesto es la muerte." (...)

La acusación fue leída ante un jurado de 501 miembros elegidos al azar entre los ciudadanos mayores de treinta años. Esto era parte del procedimiento normal en Atenas, donde existían jurados pero no jueces: los propios miembros del tribunal decidían la sentencia, votando en una urna tras haber escuchado el testimonio de las partes. El magistrado que presidía el proceso no era un jurista profesional sino un ciudadano también designado por sorteo. Tampoco existía una corte de apelaciones, de modo que la decisión era definitiva. Los acusadores tenían cierto plazo para formular sus cargos y presentar sus testigos. Luego le tocaba al acusado defenderse a sí mismo, aunque podía contar con el

asesoramiento previo de oradores profesionales. Todo el proceso era oral y aun las pruebas documentales debían leerse en voz alta. El tiempo que cada parte tenía para hablar era el mismo y se medía con un reloj de agua que se detenía durante las declaraciones de los testigos y la lectura de los documentos.

El proceso duraba varias horas y durante ese tiempo los miembros del jurado permanecían sentados en bancos de madera. Las sesiones eran públicas, de manera que cualquier persona podía asistir a las discusiones. Cuando las intervenciones de cada parte terminaban, los miembros del tribunal votaban una primera vez para decidir si el acusado era culpable o inocente. Si resolvían esto último, la persona quedaba en libertad y podía presentar cargos contra su acusador. Esta era una manera ingeniosa de desalentar a quienes no tuvieran buenas razones para iniciar un proceso. Si, en cambio, el acusado era encontrado culpable, cada una de las partes debía sugerir una condena. Los miembros del tribunal votaban entonces una segunda vez para elegir entre las dos propuestas presentadas, sin poder formular alternativas. Este mecanismo incitaba a las dos partes a sugerir condenas justas, ya que si una de ellas cargaba demasiado las tintas corría el riesgo de inclinar al jurado en la dirección de su oponente.

La acusación leída por Meleto combinaba dos cargos diferentes. El primero era el de impiedad, es decir, el de "no creer en los dioses en los que cree la ciudad y de introducir divinidades nuevas". El segundo, decididamente menos teológico, era el de "corromper a los jóvenes". Las dos cosas eran bien diferentes entre sí, pero habían estado tradicionalmente unidas en las críticas que se hacían a los nuevos intelectuales. (...)

Cuando en la Atenas de los siglos V o IV antes de Cristo se hablaba de corromper a los jóvenes, no se hablaba de nada parecido a lo que podemos entender hoy. Buena parte de los actos que nosotros agruparíamos en este rubro eran considerados por los atenienses (al menos por los pertenecientes a los círculos aristocráticos) como perfectamente admisibles y hasta edificantes. Dicho más claramente: cuando Meleto acusaba a Sócrates de corromper a la juventud no estaba hablando de nada que tuviera que ver con el sexo. Lo estaba acusando (a él y al resto de los nuevos intelectuales) de apartar a los jóvenes de la sabiduría convencional, de debilitar sus lazos de fidelidad con la ciudad, de alejados de la moral ancestral que se había transmitido de generación en generación.

Esto se ve claramente cuando, en un momento dramático del proceso, Sócrates exige a Meleto que nombre "un solo hombre al que yo haya corrompido". Meleto responde: "Puedo nombrar a cuantos convenciste de seguir tu autoridad en lugar de seguir la autoridad de sus padres". Y Sócrates se justifica exponiendo una de sus ideas más recurrentes: "Eso es verdad, pero en asuntos de educación se debería acudir a expertos y no a parientes". (...)

Para los hombres como Anito y Meleto, los nuevos intelectuales eran culpables de haber corrompido a los jóvenes en el sentido de haberles hecho cambiar la religión por la astronomía, el respeto a la ciudad por el cosmopolitismo, el interés hacia los asuntos públicos por la juerga y la poesía intimista. Entre los adultos y los jóvenes se había interpuesto una barrera conformada por las exigencias de la nueva razón, y esa barrera había terminado por destruir aquello que desde siempre habían compartido los atenienses. (...)

Es por eso que la condena a muerte no puede ser vista como un simple error judicial ni como un acto de venganza mezquina. Fue más bien el resultado de un conflicto entre un mundo que nacía y un mundo que estaba muriendo. (...)

¿Por qué, entonces, el juicio de Sócrates terminó tan mal como terminó? La respuesta es chocante pero no por eso menos clara: lo que lo perdió fue que él mismo llevó las cosas del peor modo posible, sin hacer el más mínimo intento por escapar a la situación. Lejos de buscar salvarse, buscó sistemáticamente su propia perdición.

Sócrates no estaba dispuesto a conceder la menor legitimidad a la acusación. Estaba convencido de haber sido un buen ciudadano y de haber beneficiado a los atenienses con su actividad de filósofo. Ya que el juicio sobre su conducta se había convertido en un asunto

público, exigía que se recorriera ese camino hasta el final: si la ciudad debía pronunciarse sobre sus actos, lo único que podía hacer era reconocer los servicios que le había prestado a lo largo de toda su vida. Y si había que decidir una pena, él pedía que se le diera el mismo trato que recibían los vencedores de los juegos olímpicos, es decir, que se lo alojara de por vida en un edificio público y que fuera alimentado a costas de la ciudad. Esa fue precisamente la pena que propuso como alternativa a la sentencia de muerte.

Si Sócrates hubiera propuesto la multa que sus amigos ricos estaban dispuestos a pagar, o si hubiera aceptado pasar algunas semanas en la cárcel, es casi seguro que no lo hubieran matado. La primera votación del jurado fue muy ajustada (280 miembros lo encontraron culpable y 221 lo declararon inocente), de manera que todo se hubiera arreglado con una pena suave. Pero Sócrates se tomaba muy en serio la opinión de sus conciudadanos, como lo hubiera hecho todo viejo ateniense y muy pocos de sus discípulos. En ese proceso era la ciudad, su ciudad, la que debía pronunciarse sobre su actividad como filósofo y sobre el conjunto de su vida. No era un negocio privado que pudiera arreglarse mediante regateo, sino un asunto público. Si en ese momento optaba por una salida pragmática se estaría traicionando a sí mismo, porque habría demostrado que no tomaba en serio su vida de filósofo. Y además habría insultado a su ciudad, porque habría insinuado que tampoco le importaba demasiado la opinión de sus vecinos.

Así que Sócrates no transó. Exigió que se le tratara como un campeón olímpico y con eso firmó su sentencia de muerte. Una vez que la primera votación estableció su culpabilidad, había que decidir en la segunda ronda cuál pena se aplicaría. Las únicas dos opciones eran la muerte o el tratamiento de campeón. Sócrates había extremado las cosas y eso radicalizó las opiniones. El conteo de votos reveló que 361 jurados habían optado por la sentencia de muerte mientras que 140 habían aceptado su propuesta. Lo que después de todo no era poco.

Sócrates casi había obligado al tribunal a que lo condenara, convirtiendo un proceso poco firme en una decisión dramática y definitiva. Pero eso no pareció bastarle. Después de la condena estuvo encarcelado un mes entero, ya que por razones religiosas no podía ser ejecutado de inmediato. En efecto, cada año los atenienses enviaban un barco ritual a Delos para conmemorar la victoria de Teseo sobre el Minotauro. Hasta que ese barco no volviera, nadie podía ser sometido a la pena de muerte en Atenas. Esas largas semanas fueron una nueva oportunidad de escapar a la condena. Sus amigos le propusieron repetidamente que se fugara de la cárcel y abandonara la ciudad. Ellos estaban dispuestos a ayudarlo y eran suficientemente ricos como para garantizarle la subsistencia por el resto de sus días. Pero Sócrates se negó una y otra vez. La ciudad había decidido que él muriera y esa resolución era inapelable. Empecinadamente se negó a eludir la pena de muerte hasta que, un día de primavera del 399 antes de Cristo, le llegó la hora de beber la cicuta. Según los testigos, tomó tranquilamente el veneno y luego se cubrió con la túnica para esperar la muerte dignamente. Su cuerpo fue poniéndose progresivamente rígido y frío. Cuando faltaba poco para el final, se destapó la cara y se dirigió a su amigo Critón para decir sus últimas, típicas, desconcertantes palabras: "Le debemos un gallo a Asclepio; no te olvides de pagárselo". (...)